

miento, he de decir, sin ambages ni rodeos, todo, absolutamente todo lo que pienso del señor Anchoriz.

—Se guardará usted de decir nada que sea en su desprestigio.....

—Diré y digo, y tengo y mantengo, que el tal don Mamerto es un viejo verde.....

Ni la cómoda, que en día memorable, cayó desde la galería sobre la mesa, produjo efecto más estrepitoso que el de estas palabras del representante del ministerio fiscal. Tal fué la indignación en los comensales, hasta en los criados, que el mismo furor del coronel se perdió en el oleaje del general escándalo, y por aquella vez no pudo asumir responsabilidad alguna.

Fiscal y fiscala quedaron anonadados bajo el universal anatema, y aprendieron á respetar la opinión de la multitud y el peso de la tradición, ante los cuales poco vale el prestigio de la misma ley; y es de extrañar que el señor fiscal no supiera que ya en Roma la costumbre, esto es, la tradición, la historia, tenía fuerza superior á la ley escrita.

El coronel les llegó á tener lástima, y no desafió ni al marido ni á la mujer.

Pero, menos delicado Perico, un camarero fanático de don Mamerto, se encargó de dar á la pareja el golpe de gracia, diciendo modestamente, pero con la fuerza de los hechos consumados:

—El señor Anchoriz ha llegado esta mañana; se está bañando y ha dicho que vendría á almorzar en seguida.

Comoción eléctrica. A don Canuto se le caen las lágrimas... Se le figura que ya no llueve... que ha vuelto la primavera... Todo lo perdona, y sin pizca de ironía saluda al señor fiscal y señora, que se retiran dignamente á su cuarto después de una profunda inclinación de cabeza.

El coronel exige que no se le diga nada de lo ocurrido á Anchoriz; no quiere que sepa el pequeño servicio que acaba de hacerle *saliendo* por su honor.

—Estas cosas no se hacen para que se agradezcan, sino porque salen de dentro.

—Convenido; no se le dirá nada. Pero ¡qué alegría! ¡Ha llegado don Mamerto! No podía faltar. ¡Y qué delicadeza! Precisamente con aquel tiempo de perros. ¡Qué abnegación!

El piamontés del portal se levanta de pronto, y con pulso firme y potente arranca al arpa melancólica los acordes solemnes de la marcha real.

—¡El es!—Todos en pie.—¡Viva don Mamerto! —Las servilletas ondean como blancos gallardetes.—¡Viva!

### III

Don Mamerto Anchoriz, acostumbrado á estas

ovaciones, no se turbó un momento. Con el sombrero de paja fina negra y blanca, de ala estrecha y redonda, saludó al concurso, mientras la sonrisa majestuosa y benévola de sus labios finos y sonrosados brillaba bajo el bien rizado bigote, entre las patillas anchas, negras y lustrosas.

Era alto y fornido, de tez blanca y suave, de mano pequeña y delicada, con uñas de color de rosa. Sobre el vientre, un poco abultado, poco, despedía relámpagos de blancura un chaleco de la más rica tela, y cazadora y pantalón de alpaca de seda gris completaban el traje de tan arrogante buen mozo, cuya pierna había, en todas las épocas de nuestra historia constitucional, sin contar las dos primeras, atraído las miradas de las mujeres de todas las clases sociales.

Desde los quince años había sido don Mamerto el mejor mozo de su tierra, y según la malicia, medio siglo llevaba de seducir casadas y solteras, viudas y monjas, marquesas y ribeteadoras, aldeanas y bailarinas. Es claro que exageraba la malicia. Don Mamerto no podía tener setenta y cinco años ni mucho menos, pero sí era seguro que tenía muchos más de los que aparentaba; y no se diga de los que él confesaba, porque él no confesaba nada, ni de sus años se le había oído hablar nunca.

Lo cierto era que las generaciones pasaban y se sucedían, y Anchoriz era el mismo para todas

ellas, el Anchoriz de patillas negras, de labios sonrosados, de ojos suaves y brillantes, de puños tersos blancos como nieve, de pantalón inglés del mejor corte, de arrogante apostura, de elegancia discreta, seria y sólida; el Anchoriz, eterno arquetipo de buenos mozos, adorno de toda fiesta, espectador de todo espectáculo, parte de toda alegría pública, elemento de la animación y de la algarazara á todas horas y en todos sitios.

Jamás se le había visto en un entierro, ni los enfermos le debieron visitas, ni dió limosnas en su vida, ni prestó un cuarto, ni hizo un favor de cuenta, ni votó á nadie diputado ni concejal, ni dejó de engañar á cuantos maridos pudo, ni de padres ni de hermanos se cuidó para seducir doncellas; y, sabiéndolo así toda la provincia, no había hombre mejor quisto en ella, y todos decían:—¡Oh, Anchoriz! ¡Un cumplido caballero! ¡Y qué bien conservado!

También se decía de él que si hubiera leído hubiera sido un sabio, porque talento natural no le había como el suyo, y del mundo sabía cuanto había que saber.

No era muy rico, pero vivía como si lo fuera. Durante muchos años no había tenido oficio ni beneficio, sino un hermano acaudalado con quien no vivía (porque su casa era siempre la mejor fonda del pueblo), pero que pagaba todos sus gastos, á lo que se creía; todo á pretexto de una herencia

que no acababa de repartirse. Ni el hermano se quejaba, ni el mundo murmuraba. Murió aquel pariente, y dividida la herencia, se vió ó se calculó que la parte de Mamerto era exigua; mas él había seguido siendo el mismo, feliz, bien comido, elegante, sin privarse de nada. Por fin se había descubierto que de poco tiempo á aquella parte era Anchoriz administrador general del duque de Ardanuelo, aunque nada le administraba, porque los mayordomos particulares del duque se lo daban todo hecho á Mamerto.

El palacio del magnate estaba á la disposición del administrador general; y por ostentación, por vanidad ó por lo que fuese, haciendo un paréntesis en su vida de fonda, Anchoriz se fué á vivir al gran caserón de Ardanuelo. Sin embargo, la comida la hacía traer de la fonda. Pasaron seis meses, y el público notó que Anchoriz adelgazaba y palidecía.

¡Anchoriz triste, Anchoriz malucho! ¿Iba á acabarse el mundo? Los médicos más distinguidos de la ciudad se creyeron en el deber de estudiar al enfermo, sin almarle, por supuesto. No pudieron dar en el *quid* de la enfermedad. Fué él, Mamerto mismo, quien acertó con el diagnóstico y la cura. Una tarde se presentó en la cocina del Hotel del Aguila, su antigua vivienda; se acercó al cocinero, y sonriendo, después de darle una palmada en el hombro, exclamó:

—Perico, pon hoy *tropiezos* en la sopa.

—¿En qué sopa?

—En la de casa, en la sopa de todos.....

—Pero... ¿el señorito come aquí hoy?

—Sí, hoy, mañana... y todos los días; pon *tropiezos*.

Los *tropiezos* eran pedacitos de jamón, aderezo familiar de la sopa, que Mamerto amaba como un dulce recuerdo del hogar paterno; él, que en la comida era un perfecto gentlemán y había sabido despreciar desde muy joven la cocina española y burlarse del puchero y los guisotes, comía, siempre que podía, sopa grasienta con pedacitos de jamón, lujo de los grandes banquetes de su padre á que para toda la vida se había aficionado. Era el único recuerdo que consagraba á la tradición, á la familia. No creía en la *religión de sus mayores* (aunque tampoco *se metía con ella* para nada, según su frase); no creía en los buenos resultados de la monogamia, ni en los afectos naturales engendrados por la sangre; no creía en la patria; no creía más que en la sopa con *tropiezos*. Era su única *preocupación*, su única *antigualla*.

Cuando él vivía en la fonda se comía á menudo la sopa de don Mamerto.

Al oír aquella noticia, el cocinero se enterneció, se enterneció el pinche, y las muchachas encargadas de la limpieza de los cuartos lloraron de alegría, ó cantaron, según el temperamento. El

número 6, que había sido durante tantos años de don Mamerto, estaba vacío desde que él lo había dejado. Allí volvió aquella misma noche. La viuda de Uria, dueña del hotel, dijo solemnemente á los criados que aquel día era inolvidable para la casa.

Cuando el huésped querido ocupó en el comedor el puesto de la mesa que tantos años había sido suyo, hubo en la estancia un silencio elocuente, una emoción profunda en criados y comensales antiguos.

Los huéspedes nuevos miraban también con respeto al héroe de la noche. En cuanto á Mamerto, risueño, impasible, con los ojos en el plato superior, enfriaba su sopa de tropiezos con la naturalidad y modestia y tranquila parsimonia que eran sus rasgos característicos.

Se conocía que, como siempre en situación semejante, aquel hombre no pensaba más que en la sopa.

Aquella sencillez con que supo volver á sus hábitos el caballero sin tacha, recordó á un comisionista erudito el caso de Fray Luis de León cuando volvió á su cátedra de Salamanca después de su larga prisión: —«Decíamos ayer,» había dicho Fray Luis. Pues Mamerto parecía estar diciendo: —Comíamos ayer....

Desde que volvió á la fonda, se notó por días, casi por horas, la mejoría. En pocas semanas vol-

vió á ser el mismo de siempre, y la ciudad durmió tranquila.

## IV

Jamás había estado enfermo, ni pensaba estarlo. Muchas y muy complicadas eran las causas que contribuían á esta perfecta salud, que era la suprema ambición de Anchoriz, su única ocupación seria; pero si algún entrometido se atrevía á preguntarle: —Hombre, ¿qué receta tiene usted para estar siempre bueno?—Mamerto contestaba sonriendo: —No lea usted nunca después de comer.

Y si el que consultaba le merecía algún interés, añadía Anchoriz: —Ni antes.

Es claro que esta receta vulgar la daba para despachar á los importunos; su sistema higiénico, su filosofía, no era cosa que pudiera exponerse como los aforismos médicos de un sacamuelas. ¡Ahí era nada! ¡Querer inquirir el secreto de una salud inalterable!

Ciertamente que en el programa de su vida, siempre sana, entraba la abstención de la lectura; pero no era esto sino parte muy secundaria del sistema.

¡Leer! Claro que no; ¿para qué? La lectura su-

ponía cierta curiosidad nociva, una impaciencia espiritual, una falta de equilibrio que contradecían las condiciones del bienestar verdadero. En rigor, el no leer, más que causa de salud, era efecto de la salud; no estaba sano porque no leía, sino que no leía... porque estaba sano.

Nada de cuanto pudiera decir un escritor podía importarle á él absolutamente nada.

No aborrecía Anchoriz la literatura y la ciencia, no; las despreciaba como despreciaba las boticas, y á los boticarios, y á los médicos, y á los enfermos. Ante un ataque de nervios, ante un rasgo de heroísmo, ante un chispazo de ingenio, Mamerito sonreía con lástima; todo aquello era lo mismo: desequilibrio, anuncio de pronta muerte, una idea equivocada de la existencia. No concebía un desafío, ni una mala palabra, ni una buena obra. El principio de la vida era el egoísmo absoluto. Sacrificar á los demás algo que fuera más allá de los servicios que impone la cortesía, era perderse. No hacer jamás nada en bien del prójimo, era obra difícilísima, casi milagrosa; cierto, por eso él no había conocido más hombre feliz que uno: Mamerito Anchoriz.

De este gran principio del egoísmo absoluto nacían todas las reglas de conducta, que daban por resultado aquella plácida existencia, que Anchoriz pensaba prolongar indefinidamente. ¿Había de morir? Allá se vería. Todas las afirmaciones ro-

tundas le empalagaban; no había nada seguro respecto de nada; el que hasta la fecha se hubiesen muerto todos los hombres conocidos, no era una prueba absoluta de que en adelante se muriesen todos también.

La ciencia decía que todo organismo se gasta, que todo lo infinito perece.... ¡Conversación! ¡La ciencia decía tantas cosas! El no negaba la posibilidad y aun la probabilidad de la muerte; pero, en fin, no era cosa segura, lo que se llama segura, y esto bastaba para su tranquilidad. Lo importante además no era este aspecto metafísico y abstracto de la cuestión, sino su aspecto práctico, es decir, el no morir.

—Mientras yo viva, poco importa que sea mortal. Una cosa es *mortal* y otra cosa es *muerto*.—Recordaba haber oído que, según Buffon, todo hombre, por viejo que sea, puede tener la legítima esperanza de vivir todavía un año. Gran sabio era, sin duda, este señor Buffon, y digno de no haberse muerto. Él, Anchoriz, pensaba tener siempre el cuerpo en disposición de funcionar más de un año; y así, la muerte, que al fin era, por lo que á él se refería, sólo una palabra, una amenaza, una creación fantástica, iría retrocediendo, y la vida ganándole terreno. Por otra parte, él sabía cómo morían esos ancianos que son ejemplos de longevidad: acaban como pajarillos, como recién nacidos. Se extinguen sin lamentos; en ellos el estómago y

toda la vida vegetal sobrevive al cerebro y á cuanto anuncia la existencia del alma.....

Pues morir así, en rigor, tampoco es morir. El esperaba, suponiendo lo peor, esto es, morirse al cabo, pasar á mejor vida cuando ya no lo sintiera... y expirar como un viejecito, á quien había conocido pregonando:—¡Quesos de Villalón! ¡El queso-ro!—desde el lecho de muerte, y jurando y perjurando que ya era la hora de comer..... No, aquello no era morir..... Y allá... hacía los ciento veinte años... y pico... ¡qué diablos!, el trago no era tan fuerte. En todo caso, ya lo pensaría.

Y entretanto vivía tranquilo, sereno; *sub specie aternitatis*.

## V

Así era el hombre á quien con tanta alegría y solemne agasajo recibieron los comensales de Termas-altas, tan aburridos poco antes en aquel comedor frío y húmedo, en aquella mañana de la *otoñada* triste.

Por de pronto, nada se le dijo del incidente de los fiscales; toda la conversación fué para las noticias frescas, picantes, que traía de la ciudad don Mamerto.

Bodas, bailes, escándalos de amor y del juego, romerías... de todo esto desembuchó el floreciente gallo, muy satisfecho porque podía con tal abundancia saciar la curiosidad de aquellos buenos amigos (á muchos de los cuales sólo los conocía para servirlos... de mentirijillas). El coronel le preguntó después qué había de la guerra civil, y qué de una explosión de grisú en las minas de Langreo. Anchoriz puso cara compungida, se limpió los labios con la servilleta y declaró que de tan lamentable catástrofe y de las luchas de *nuestros hermanos* no tenía la más insignificante noticia.

Y poco después jugaba al tresillo en la sala de recreo (¡de recreo, y tenía un piano que tocaban á ocho manos los bañistas!) sonriente, seguro de ganar á unos *chancletas* que se consideraban muy honrados con tal compañero, tan fino, tan jovial, y á quien no había quien diese un codillo.

Por la noche, gracias á la influencia de Anchoriz, se reanudaron los rigodones y la *Virginia*, que no se bailaban desde fines de Julio. Don Mamerto no solía bailar; pero en aquella velada memorable se dignó invitar á una dama que metida en un rincón detrás de una mesa de juego, con cara de pocos amigos, parecía estar despreciando todas aquellas frivolidades mundanas, con gesto avinagrado y haciendo calceta. Si, calceta; no se avergonzaba de ello.

Era la fiscalá. Anchoriz ya sabía (se lo habían

diche al tomar café) el incidente del almuerzo. Por lo mismo, se iba derecho al enemigo, seguro de vencerlo.

En efecto, después de una repulsa y varios melindres, la fiscalta en persona salió á bailar del brazo de don Mamerto. Una salva de aplausos acogió á la pareja. ¡Lo que es la gloria! A la fiscalta se le puso cara de Pascua.

La vanidad le llenaba el mezquino espíritu. Poca vanidad bastaba para llenar recinto tan estrecho. Sin más que una finísima invitación, una mirada de caballero galante, algunas sonrisas en que la salud y la buena sangre hacían veces de poética espiritualidad, Anchoriz había conquistado á la fiscalta. Esta señora, al sentir su brazo sostenido por el de aquel buen mozo... de *hoja perenne*, es decir, siempre en sus verdores, vió el mundo, y á don Mamerto particularmente, desde otro punto de vista,

bajo el punto de vista de las flores,  
y perdonó á Anchoriz... porque había amado mucho.

Cinco ó seis días estuvo nuestro héroe haciendo las delicias de los rezagados de Termas-altas. Y buena falta hacía animar y consolar á los que se quedaban, porque los que dejaban el balneario parecía que se llevaban la alegría.

—¿Qué será—decía la fiscalta á don Mamerto,

á quien llegó á hacer confidente de cierto romanticismo histérico que tenía ella debajo del Código penal en que consistía lo más de su corazón;—qué será que toma una tanto cariño á todas estas personas que conoce de tan poco tiempo; y que al despedirse de cada cual parece que se le deja llevar un pedazo del alma? ¿Será la intimidad del trato, lo excepcional de las relaciones en estos sitios y en estas circunstancias?

—Sí, señora—contestaba don Mamerto, sonriendo—algo es eso; pero la causa principal de este sentimentalismo de final de verano consiste en la mucha fruta que se come y en la salsa de tomate. Estos alimentos debilitan... y los nervios se exaltan... y de ahí ese repentino amor al prójimo y tendencia á ver en todo lo que pasa y se va motivo de melancolía...

—¡El tomate! Estas tristezas que causan estas ausencias... ¿las produce el tomate?...

—Sí, señora; pero sobre todo, la fruta; la de hueso particularmente. Los melocotones crían bilis y la bilis engendra esas penas de tan frívolo motivo.

Por lo demás, á Anchoriz no le costaba trabajo procurar la alegría de los otros, porque él estaba como unas castañuelas. A pesar de la fruta, no le importaba un bledo de los que se iban ni de los que se quedaban; con tal que no faltase gente, que fueran estos ó los otros, le importaba nn rába-

no. Por eso no comprendía cómo se afligían tanto algunos cuando se moría alguien. «¿Por qué lloran las muertes y se festejan los nacimientos? Vean ustedes el periódico—exclamaba.—Parte de la alcaldía: día de hoy; cuatro defunciones, seis nacimientos. Vamos ganando dos. Y siempre es lo mismo.»

Así era que en los anuncios de marcha de los bañistas él veía nada más motivo de diversión. A pocas simpatías que hubiese ganado en el establecimiento el huésped que se despedía, Anchoriz organizaba, con ocasión del viaje, una jarana, una broma de buen gusto, que consistía en confabularse muchos de los bañistas, hacerse los distraídos á la hora de las despedidas y dejar que se amoscara el que se marchaba, creyendo que se le olvidaba y no se le decía adiós. Y cuando iba á montar en el coche que debía llevarle á la estación, ¡zás! la *manifestación* salía al pórtico, en formación solemne, cantando la marcha real y tocando los platillos con piedras del río. Y el amoscado huésped se marchaba contentísimo, satisfecho de su popularidad en el balneario, y seguro de que allí dejaba una porción de verdaderos amigos, no menos firmes por poco probados.

Y Anchoriz, que tan buen amigo de esta clase era, tan fiel á la amistad en el holgorio y tan decidido á no *acompañar á nadie en el sentimiento*, ¿qué pensaba de la amistad de los demás respecto

de él? ¿Sería un escéptico? ¿Negaríase toda esperanza de que los demás fueran con él más caritativos que él con los demás? No; no pensaba en eso. Desechaba por importunas estas comparaciones, como la idea de la muerte. No quería meterse en honduras, averiguando adónde llegaba el egoísmo ajeno. Estas investigaciones no le convenían al suyo.

Si el hombre era malo, egoísta, lo mejor era no tener ocasión de llegar á conocerlo por experiencia. Por lo cual, sin decidir la cuestión en sentido pesimista, por si acaso, Anchoriz hacía con la amistad, lo que don Quijote con la segunda celada no la ponía á prueba. Y su egoísmo, agarrándose al interés, á toda ganancia posible, al amparo de la ley, que asegura lo que se ganó, con caridad ó sin ella, procuraba vivir sin necesitar de nadie, á fuerza de no hacer nada por quien pudiera necesitar del alegre y *servicial* don Mamerto.

La alegría, algo afectada, por lo mismo que todos temían la tristeza de la soledad y del mal tiempo, que se iban acentuando, había llegado al colmo, gracias siempre al señor Anchoriz, cuando una mañana, por cierto de excepcional hermosura en el cielo, de sol esplendoroso y brisa templada, un camarero anunció en el comedor, que don Mamerto no bajaba á comer á la mesa redonda porque se sentía algo indispuerto.

Todos los comensales se volvieron hacia el portador de tal noticia.



—¿Está en la cama?—preguntaron muchos.

—Sí, en la cama; y ha mandado al doctor Casado que vaya á verle.

—¡Anchoriz en la cama! ¡Al mediodía!

Consternación general; y aún más que eso, asombro; así, como si el sol á las *doce del día* no hubiera dejado todavía las ociosas plumas de su clásico lecho, ni los brazos de la deidad con quien el mito le supone *amontonado*.

## VI

Sin acabar los postres, una comisión del seno... de la *mesa redonda* fué á visitar á don Mamerto á su cuarto, sin perjuicio de que todos los bañistas, uno por uno, acudiesen después á cumplir con este *deber elemental*, como lo calificó el representante del ministerio público, que, aunque á regaña dientes, se había reconciliado con el *Tenorio averiado*, gracias á la influencia de la fiscal.

El médico del establecimiento, muy amigo de divertirse y de tratar en broma la medicina, particularmente la hidroterapia, apenas había querido tomar el pulso ni mirarle la lengua á don Mamerto. «¿Qué había de tener Anchoriz? Nada. Al día siguiente ya estaría á las ocho tomando una

ducha...» Pues no estuvo. En vez de la ducha, tuvo que tomar con paciencia los 39 grados de fiebre con que Dios quiso... no probarle, que demasiado sabía Dios qué sujeto era Anchoriz, sino mortificarle.

Los dos primeros días de enfermedad don Mamerto, con la mayor finura del mundo, no permitió que los amigos y amigas que venían á verle entraran en su alcoba; no podían pasar del gabinete, que era como los demás de la casa, es decir, los de primera clase; con esta diferencia, que la mesa y la cómoda parecían escaparate de objetos de tocador: docenas de peines, de cepillos para la cabeza, para las uñas, para los dientes; jeringuillas á docenas también; cientos de botes, frascos, tarros, barras de cosméticos; triángulos de tul para fijar las guías del bigote; cajas de jabón; misteriosos artefactos de química, aplicada á la senectud refractaria; y mil cachivaches más de estuche, de neceser, de cuarto de cómico.

Desde el gabinete se le hablaba, y en la alcoba sólo entraban el camarero y el doctor. Al principio don Mamerto contestaba á las almas caritativas que le iban á preguntar por la salud, precisamente cuando la había perdido, con gran amabilidad, esforzando la voz para que le oyeran bien desde fuera, con el tono *correcto* y finísimo y jovial de siempre. Parecía pedir perdón al público por aquella molestia que le causaba tan inoportunamente